

Tiempos antiguos. [V.]

[Cap. IX. "Recuerdos de cister y  
inocencia"]

("El Mercurio", suplemento literario, Bilbao, 15

noviembre 1891

## Tiempos antiguos.

### IV.

I vetusti divine, a cui natura  
Parlo senza svelarsi... Leopardi.  
Ad Angelo Mai.

Lo que dijo Leopardi de los divinos antiguos puede decirse de los niños. á ellos habla la naturaleza sin quitarse el velo.

Es porque los niños en cada generacion son los antiguos divinos de ella.

Es una ilusion muy frecuente la de representarnos á los antiguos como los viejos y á los modernos como los jóvenes, cuando sin duda alguna la edad antigua representa la juventud del género humano y la moderna, edad más madura.

No sé que moderno, pero sea quien fuere, digo con mucha razon: los antiguos somos nosotros.

La verdad es que viven conjuntamente niez, juventud, madurez y ancianidad y que vemos brotar unas hojas mientras otras caen.

Creo yo que habia mundos en avanzado desarrollo cuando el nuestro estaba en la nebulosa inicial, y que cuando este muera, nacerán nuevos mundos de las actuales nebulosas. Todos los dias se hacen y se desacen mundos como nacen y mueren infusorios.

Perdone el lector este desahogo que tanto despega de la ~~triste~~ de estos artículos: estoy obsesionado por la lectura del portentoso Ardigó, el primer pensador sin duda de la Italia contemporánea y á quien yo pongo tan alto como cualquier otro que hoy viva, sin excluir á Heriberto Spence.

Quedábamos en que Leopardi, otro italiano que desmiente la estúpida vulgaridad de que solo sirven para tocar el arpa, quedábamos en que lo que él decía de los antiguos puede bien decirse de los niños.

Los sentimientos que el arte nos removía en nuestro colegio eran análogos á los que removía en las almas antiguas, almas de una pieza que sin cansancio de la vida abrían los ojos á



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.USALE.S.

4.5.2/22





1-59

todo color, á toda brisa aromática el olfato, á todo grato rumor el oído, á todo ay y á todo júbilo, por pasajeros que fuesen, el corazón.

Todo era misterio para los antiguos y en ello llevaban razón contra los que ven aquí misterio y allí no, porque ó se le ve en todo ó en parte alguno. Todo era para ellos misterio y todo también para nosotros en el colegio.

Misterioso sobre toda ponderación era el Mazo, un libro grandé, un verdadero mazo, el mayor de los que conocimos si se exceptuaba el misterioso diccionario que manejaban los mayores. Tiene el Mazo pasajes que dejaban en nuestra alma sensación formidable. Hoy nos parece un libro sencillísimo.

¿Quién no recuerde el Amigo de los niños y el Juanito?

Grabados para siempre han quedado en mi fantasía Pedro el Travieso, á quien veo cazando moscas en su calabozo y á su hermana llevándole que comer. Salomé la chismosa, el Abuelito, el chárripito que estudiaba para saber, las dos hermanas que cazaban mariposas en un jardín ameno, el niño á quien el éco respondía «niño tonto» y las ofrendas. Tan grabado tengo todo esto como los rapsodas antiguas, los cantos homéricos que recitaban de pueblo en pueblo por ferias y fiestas, cantos que hoy enseño á desmenuzar gramaticalmente.

Y así como pierden la frescura estos cantos del alma antigua que chorrean vida, cuando se busca en ellos futuros y pretéritos, partículas y oraciones, así pierde la suya nuestro embeleso literario de la niñez, si cojemos el Amigo de los Niños ó el Juanito, para enseñar á leer á los niños de hoy.

Cuando en la lectura del Juanito se acercaba el día en que habíamos de llegar á la muerte de Julia, la madre del protagonista, había remoción desusada en nuestros espíritus y todos nos preparáramos al conmovedor pasaje. Al llegar el lector á él, la voz se le apagaba, los sollozos cortaban la lectura y todos nos enjugábamos los ojos llorando con Juanito la muerte de su madre. Más de una vez ví lágrimas furtivas en los ojos del maestro ó del pasante que dirigía la lectura. ¡Dichoso aquel que nunca se ha tenido que avengonzar de que lloraba!

Aquellas lágrimas tan deseadas, porque lo







eran, y tan gustadas cuanto más sinceras, fueron las primeras que el arte nos hizo derramar, acaso para muchos, las últimas que le deben. Yo me acuerdo que había que suspender la lectura y que á nadie le ocurría burlarse de aquella piedad que provocaba la ficción literaria.

Han sido las lágrimas más puras de nuestra vida, hoy muchos se reirán acaso de ellas, pero es seguro que Dios se las tendrá en cuenta.

Además del pasaje enternecedor había, para mí por lo menos, el pasaje sublime. Nunca olvidaré el efecto deprimente que me hacían ciertas palabras entendidas á medias cual cumple á lo sublime, y que ocurrían á cada lectura de un librito cuyo título he olvidado.

Un pasaje de él acaba diciendo:... «pasando bajo las banderas de Luzbel ¡oh vicio nefando!» El paso bajo, las banderas de Luzbel se me representaba como algo trechubundo y oscuro, una escena terrible en el infierno, pero sobre todo el apóstrofe final ¡oh vicio nefando!

Yo no entendía lo de nefando, pero vislumbraba algo de una inmensidad recóndita en el vicio.

Cuando se habla de lo sublime y se recuerda el *fiat lux* del Géneris ó algun pasaje de Homero ó de Shakespeare, yo vuelvo la vista al ¡oh vicio nefando! y abstrayéndome en lo posible de mi actual estado de conciencia, procuro evocar del fondo de mi alma el éco indeleble que dejó en mi espíritu infantil el tal pasaje.

Porque despues lo he comprendido y visto todo su contenido, y sobre todo las cosas han cambiado para mí desde que los íntegros ó nocedalinos en su especial manera de escribir, abusan tanto, entre otras muchas palabrejas, de esta de *nefando*. ¡Cuán de menos echo su viejo y sibilítico sentido, que apenas lo era!

Y si era en aquellos tiempos profunda la impresion que el arte candoroso nos producía era somera la de la ciencia y controversia, de que nos burlábamos con ironía infantil.

A este propósito recuerdo que nos hacían leer un compendio de «El Protestantismo comparado con el catolicismo» del ilustre Balmes, impertinente sin duda el tal compendio para





quienes ni sabian que era el protestantismo ni nos importaba saberlo entonces.

Se habla en tan librilla de Lutero, Calvino, Zuñglio, Socino, Fox y otros *corifeos* del protestantismo. Siempre tuve yo y aun los demás eso de *corifeo* como algo parecido á feo, y decíamos que los feos del protestantismo eran Calvino, algun calvo sin duda, Tocino y Fot. Es todo el fruto que sacamos y podíamos sacar del desdichado compendio.

Discurriendo como discurso de la estética y

la controversia, crítica en nuestro colegio, ocurre recordar la ética.

De nuestro estado de moralidad y nuestro modo de concebír esta, de nuestra conciencia ética entonces, algo se puede decir, pero como deseo no ser molesto, lo dejo para otro día.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES

~~1.5.2/22~~